

COMO ESTEBANCITO RECIBIÓ UNOS MELOCOTONES



Estebancito tenía tres años de edad. Su papá era el pastor de la iglesia en el pueblecito y Estebancito muchas veces había escuchado a sus padres contar cómo, en respuesta a sus oraciones, Dios había suplido sus necesidades. Él había aprendido a orar, y su fe en muchas ocasiones retaba la fe aun de personas mayores de edad.

“Ojalá que tuviera algunos melocotones como los tiene Heriberto”, dijo Estebancito al ver al muchacho de la vecindad comer esos frutos de los árboles de su papá.

Era reglamento de la casa del niño que jamás mendigara y sus padres ese día no contaron con centavos para comprar melocotones.

“Yo voy a mi cuarto y voy a pedirle a Dios que me mande unos melocotones”.

Mientras Estebancito estaba hincado al lado de su cama, su mamá le oía decir: “Querido Señor, por favor mándame unos melocotones”.

“Dios me dijo que me va a mandar algunos melocotones”, le contó el niño a su madre al salir de la casa para seguir su juego en el jardín.

La madre sabía muy bien que es fácil llamar fe a deseos puramente humanos, y ella misma pedía a Dios que le enseñara a su hijo la lección que Él quería que el muchacho sacara de este acontecimiento. Entonces acordándose de las palabras: “conforme a vuestra fe os sea hecho”, ella también elevó otra oración que el Señor tuviera a bien compensar la fe de su hijo.

Esteban siguió el juego en el jardín pero frecuentemente echaba un vistazo hacia el árbol de melocotones. “Dios me dijo que me va a mandar melocotones,” repetía muy seguido.

Casi había llegado la hora de la entrada de la noche y los melocotones no habían llegado. Sin embargo la fe de Estebancito no vaciló.

“¡Mamá! ¡Mamá!” gritó Estebancito con voz que revelaba su alegría. “Heriberto viene a nuestra casa. Viene trayendo una bolsa en su mano. Dios me está mandando melocotones”.

De la puerta se oyó la voz de Heriberto que expresaba gozo en hacer mandados. “Papá le manda melocotones para Estebancito, y son suficientes para que todos coman”.

Aquella tarde al encontrarse la familia sentada alrededor de la mesa, Esteban contentito dijo: “Papaíto, yo pedí a Dios que me mandara unos melocotones, y Él nos mandó suficientes para todos. ¿No es bueno Dios?”

Con sonrisas de alegría y con corazón lleno de gratitud, Papá respondió: “Como no, Hijito. Dios nos es muy bueno. Él sabe cuándo y cómo contestar nuestras oraciones. Y si le confiamos y le agradecemos por haber contestado nuestras oraciones, comprobamos nuestro amor para con Él”.

“Esa noche al decir mis oraciones, yo voy a decirle a Dios otro ‘muchas gracias’ para que Él vea que yo de veras le amo”. Así decía Estebancito mientras su mamá le llevó para acostarlo en su camita.